

HCR
056
R454-rc

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL Vda. de QUIROS, Directora

SAN JOSE

— COSTA RICA

— AMERICA CENTRAL

Año XI

— Domingo 20 de Abril de 1941

— No. 462



OJO DE AGUA.—Del seno de la montaña brota pura y cristalina el agua que provee a Puntarenas del precioso líquido.

(Fina cortesía de la Imprenta Lemahn)



Censura de Películas

Por el Tribunal de Censura Cinematográfica de Acción Católica

CLASE A, 1ª Sección

BUENAS

Alas en la niebla; Armonías de juventud; Avanzadas del Oeste; Capitanes intrépidos; Confesiones de un espía nazi; Desfile de primavera; Hacia otros mundos; Hombres contra el cielo; Justicia; Pasión de libertad; Perlas son amores; Tres aventureros románticos.

CLASE A, 2ª Sección

PARA PERSONAS DE CRITERIO BIEN FORMADO

Amarga victoria; Ayer y hoy; Caballero a medias; La Cita fatal; Chingolo; Espías; Estrellas fugaces; El Gran Dictador; Luna de miel; El Mago del aire; La Marca del Zorro; Mi fortuna por un nieto; El Milagro de la Calle Mayor; Mi Madrecita; No, no Nannette; Novios revueltos; el Regreso del Dr. Kilder; Sueños de juventud; Tengo fe en tí; Torbellino de pasión.

CLASE B.

ESCABROSAS

Ciudad de conquista; Demasiado pilones; La Rosa de Xochimilco.

CLASE C.

CONDENADAS

Mi suegra es una fiera; Que viene mi marido!

Piensen los padres en su grave responsabilidad respecto de la clase de espectáculos que permiten ver a sus hijos.

De Lunes a Viernes, entre 1 y 4 de la tarde, pregunte al teléfono 2353 por la película que desee, y se le atenderá gustosamente.

MAXIMAS

La sabiduría es la base de la felicidad.

Si no sabes dominarte, serás tu peor enemigo.

El hombre con pereza es como un reloj sin cuerda.

La ociosidad se parece a la herrumbre: gasta más pronto que el trabajo.

No hay deuda que no se pague, ni plazo que no se cumpla.

No firmes carta que no leas, ni bebas agua que no veas.

Cuando se agota el pozo es cuando se conoce lo que vale el agua.

Quien habla siembra, quien escucha cosecha.

Pensamientos

Todo el mundo desea vivir muchos años, pero nadie quiere ser viejo.

Nunca es más feliz el hombre que cuando hace participantes de su felicidad a los demás.

Nadie hay tan feliz que lo sea enteramente.

Betina de Holst Hijos

En esta tienda encontrará bellísimas labores para hacer a mano y materiales insuperables de toda clase para labores de mano.

DIRECTORA:

SARA CASAL Vda. DE QUIROS

Apartado 1239

Teléfono 3707

OFICINA mi casa de habitación

BARRIO: La California

Av. 1ª Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica
Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI

Suscripción mensual

— de —

cuatro números

₡ 1.00

AÑO XI

San José, C. R., 20 de Abril de 1941

No. 462

El Sagrario del Templo de la Agonía de Alajuela

Estuvimos en Alajuela y visitamos de nuevo el Templo de la Agonía de los Reverendos Padres Redentoristas y nos quedamos verdaderamente admiradas del adelanto de la hermosa obra, tan bella, tan artística y tan majestuosa. Esa torre de treinta metros de altura le da una elegancia única y luego los ocho ángeles que ornán la torre y frontispicio cuya altura es más o menos de tres metros cada uno, es algo bellísimo que forma un conjunto admirable. Verdaderamente que Alajuela debe sentirse orgullosa de poseer uno de los más bellos templos de la República.

Un templo tan artístico necesita que todo lo que en él se ponga sea de acuerdo con su suntuosidad. Todos sabemos que tanto los altares como los demás muebles no bajan del cielo; hay que contribuir con buena voluntad para ayudar a los Padres Redentoristas que se han propuesto dotar a Alajuela de una obra tan artística.

Pero la obra más importante, la que más debe demostrar el amor a Jesús Eucaristía es su SAGRARIO. La casita que guardará a Nuestro Señor día y noche debe ser digna del Rey de cielos y tierra. Todo lo que pueda una ofrecerle de suntuoso y bello sería poco para quien es dueño de todo lo creado, de nuestra vida, de nuestras riquezas y de la buena voluntad de todos. Así es que esperamos que sea El mismo el que mueva los corazones para que la buena voluntad

de los que no lean exceda en generosidad para que nos envíen sea a nosotros o a los Padres Redentoristas en Alajuela su óbolo.

Hay muchas personas ricas que deben ayudarnos según su capital, no deben olvidar que si Dios les dió mucho dinero es prestado, para que lo sepan emplear y que según el buen empleo que hagan de él así será la satisfacción que tendrá Nuestro Dios al rendirle cuentas en el día final de nuestra vida.

El proyecto del Sagrario no puede ser más hermoso, ya lo publicamos en una de las portadas de nuestra revista y es más bello que el clisé. Obra del artista francés don Luis Ferón que recibió en París numerosos primeros premios y medallas de oro por sus obras puestas en concurso; así es que no se puede pedir más.

El Sagrario todo es cincelado en plata, los doce apóstoles que representan las doce columnas en que descansa nuestra Santa Religión le dan una belleza sin igual. Todo es simbólico en este Sagrario, será una obra de arte que enriquecerá el arte nacional porque allí podrán inspirarse todos los que en su espíritu admiran toda obra de arte.

Hemos recibido dos mil pesos en limosnas pero nos faltan cinco mil colones; se pidió la plata y resultó casi el doble de precio de lo que teníamos calculado, todo ha subido de precio, pero buena voluntad no

nos falta para continuar pidiendo hasta cansar a nuestros suscritores a quienes les suplicamos que se conviertan en limosneros de Nuestro Señor en la Eucaristía para que le pidan a sus amigos y amigas que contribuyan a tan hermosa obra. Si muchas personas dan, aunque sea poquito, muy pronto veríamos la obra exhibirse en una de las ventanas de algún almacén en San José y luego asistiríamos llenos de júbilo a la bendición del Sagrario.

No hay que olvidar que el Templo de la Agonía será el primer templo en que estará expuesta su Divina Majestad diariamente de las tres de la tarde a las siete de la noche por concesión especial a la Congregación de los Redentoristas.

Después de que morimos muy pocos se acuerdan de enviarnos oraciones para aliviar nuestras almas en el purgatorio; y estamos seguras que todas las oraciones que se eleven ante Jesús Sacramentado expues-

to en ese sagrario nos servirán para aliviar nuestras penas. No olvidemos que no somos angelitos para ir directamente al cielo, que tenemos que descontar nuestras deudas por las faltas que cometimos en vida y que la oración de caridad que nos envían es la única que nos sirve después de muertos. Así es que al previsor le va muy bien, demos con buena voluntad y generosidad para una obra tan digna como ésta y esperamos que la misericordia divina será misericordiosa con nosotros.

No hay mejor pagador que Jesús, él nos ama como el mejor de los padres, y nos recompensará aún en esta vida, dándonos salud, paz, tranquilidad en nuestro hogar y sobre todo no nos abandonará en la hora suprema de nuestra muerte.

Seamos generosos con Jesús Eucaristía, dotémoslo de un bellissimo Sagrario, aun haciendo sacrificios enviemos nuestra limosnita.

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica

La Eucaristía hace vivir de la fé

Por el autor de la Eucaristía meditada

Vivir de este espíritu de fe es participar en la tierra de la vida divina de Jesucristo; es renunciar al espíritu del hombre viejo, para no seguir sino el del hombre regenerado; es elevarse por encima de las cosas presentes, sin detenerse nunca en lo sucesivo, sino sólo en lo eterno; es, en fin, pesar cada uno de nuestros actos internos y externos en la balanza del santuario y preguntarnos frecuentemente como San Luis Gonzaga: ¿De qué sirve esto para la eternidad?

Bella es ante Dios, y noble y grande, esta vida de la fe; pero no debe ocultarse nos que es ruda y penosa para la naturaleza; subleva con frecuencia la razón y los sentidos, y el alma que vive semejante vida necesita todas las dulzuras de la Eucaristía para atemperar sus rigores, todo el vigor espiritual y todas las fuerzas que de tan adorable sacramento se sacan, para impedir que se apague en ella.

Vivir de la fe es vivir de una manera muy opuesta a los gustos, a las inclinaciones de la naturaleza. En efecto, la naturaleza no busca, no quiere ni desea sino lo que sobresale y es grande a los ojos del mundo; le gustan el brillo, del fausto, los placeres; busca todo cuanto halaga los sentidos; huye con horror de todo lo que los mortifica, de todo cuanto rebaja, de todo cuanto empequeñece, de todo cuanto humilla.

Por el contrario, el espíritu de fe desprecia el mundo y sus vanas grandezas; ama la pobreza, la sencillez, la humildad de los verdaderos discípulos de Jesucristo; le gustan la oscuridad, la dependencia; huye de los placeres, complácese en la humillación y abraza con gusto la cruz de Jesús, los santos rigores de la penitencia, todo cuanto puede mortificar los sentidos y hacer morir la naturaleza.

Pero detallemos y veamos cómo influye el espíritu de fe en las diferentes posiciones de la vida, en la conducta de las per-

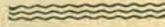
sonas que van a sacarlo con frecuencia de la Eucaristía, su verdadera fuente. Al ver cómo arregla sus sentimientos y anima sus acciones este espíritu divino veremos también si es el principio y el móvil de los nuestros; veremos si vivimos de la fe, si obramos por espíritu de fe.

El alma que vive de la fe, el alma que saca sus pensamientos y convicciones del espíritu y del Corazón de Jesús, considera el mundo como una escena que pasa, como vasto teatro en donde todo varía sin cesar en donde los actores salen y desaparecen para no reaparecer y para ceder el puesto a otros, que, a su vez, pasarán y desaparecerán con igual prontitud; en una palabra, lo considera como un lugar en que nada hay estable, en que todo es celada, seducción, ilusión, mentira. En sus bienes, sus grandezas, placeres y máximas, no ve aquella alma sino vanidad, inestabilidad, peligros para su inocencia; por este motivo, si no puede huír de todo eso, renuncia a ello de corazón, se apoya en Jesús para cruzar ese mar fecundo en naufragios, y cuando se ve obligada por la Providencia, por la situación en que la voluntad del Señor la ha colocado, a vivir en medio del mundo, vive tranquila y confiada en la bondad de Aquel que por doquiera sabe escoger y santificar a sus elegidos; pero su vida prueba suficientemente que ella no es del mundo, y su ejemplo y sus humildes virtudes son la condenación tácita de ese mundo que la estima y admira aun cuando la persiga.

El alma que vive de la fe ve el mundo desde su verdadero punto de vista, y, muy lejos de creer que debe emplearse ora en gozar, ora en suministrarse satisfacciones y placeres, ora en amontonar riquezas y establecer cómodamente su tienda en esta tierra, como si el soplo de la muerte nunca debiera transportarla a otro sitio, se acuerda de que sólo se le da tiempo de tra-

bajar para la eternidad; se acuerda de que para todos los desterrados del cielo, no es la vida más que una prueba durante la cual no deben pretender gozar, sino resignarse a padecer, y que deben emplearla en amontonar las verdaderas riquezas que pueden abrirles las puertas de la verdadera pa-

tria. Por esto, acosada de tan grandes pensamientos, aquella alma no piensa sino en reunir tesoros para el cielo, en adquirir cada día nuevas virtudes, en hacer servir los bienes y los males de la vida para aumentar el caudal de sus tesoros espirituales.



El Calvario y Caprea

Platón, el genio más preclaro de la antigüedad pagana, haciendo la apología de Sócrates escribió estas palabras: "A menos que el Arbitro supermo de los cielos se digne enviarnos alguien para instruirnos, jamás esperamos llevar a cabo el designio de reformar las costumbres de los hombres".

Veinte y cuatro siglos después otro pensador, cuya autoridad no será sospechosa, Juan Rousseau, escribía a su vez: "Confieso que la majestad de las Escrituras me admira, y la santidad del Evangelio habla a mi corazón. ¡Ved cuán pequeños son al lado de este gran libro los libros de los filósofos con toda su pompa!"

¿Puede un libro a la vez tan sublime y tan sencillo ser obra de los hombres? ¿puede ser que el héroe de esta historia no sea más que un hombre? ¿Es este el tono de un entusiasta o de un ambicioso sectario? ¡Qué dulzura, qué pureza en sus costumbres, qué gracia tan encantadora en sus instrucciones, qué elevación en sus máximas, qué profunda sabiduría en sus discursos, qué presencia de espíritu, delicadeza y exactitud en sus respuestas, qué imperio sobre sus pasiones! ¿Dónde está el hombre, dónde está el sabio que sepa obrar, sufrir y morir sin ostentación? Cuando Platón en su República pinta a su justo imaginario cubierto de todo el oprobio del crimen y digno de todos los galardones de la virtud, retrata rasgo por rasgo a Jesucristo. Es tan viva la semejanza, que todos los Padres lo han advertido, y es imposible engañarse acerca de su original. Y sin embargo, ¡cuánta preocupación, cuánta ceguedad se

requiere para atreverse a comparar al hijo de Sofronisca con el hijo de María! ¡Qué distancia de uno a otro!

"Sócrates, muriendo sin dolor, sin ignominia, sostiene sin dificultad hasta el fin el papel de gran personaje; y si ésta fácil muerte no hubiese honrado su vida, se dudaría si Sócrates con toda su grandeza de ánimo fue algo más que un sofista. ¿Diráse que inventó la moral? Otros antes que él la habían practicado, porque no hizo más que decir lo que aquellos habían hecho y reducir a lecciones sus ejemplos. Aristides fue justo antes que Sócrates dijese qué era la justicia; Leónidas había sucumbido por su país antes que Sócrates proclamase como un deber el amor a la patria; Esparta era sóbria antes que Sócrates elogiase la sobriedad; y antes que él hubiese definido la virtud, Grecia abundaba de hombres virtuosos.

"Más ¿en donde aprendió Jesús entre los judíos la moral pura y elevada de que sólo El se mostró maestro y dechado? Del seno del más furioso fanatismo elevóse la más encumbrada sabiduría, y la sencillez de las virtudes más heroicas honró al más abyecto de los pueblos. La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, es la más suave que se puede desear; la de Jesús, espirando entre tormentos, injuriado, befado y maldito de todo un pueblo, es la más horrible que se puede temer. Sócrates, tomando la copa emponzoñada, bendice al que se la presenta; Jesús, en medio de un espantoso suplicio ruega por sus encarnizados enemigos.

"En verdad si la vida y muerte de Só-

crates son de un sabio, la vida y muerte de Jesús son de un Dios.

“¿Diráse que la historia del Evangelio es inventada a capricho? No se inventa, así por cierto, y los hechos de Sócrates, de los que nadie duda, son menos atestiguados que los de Jesucristo. En el fondo esto es esquivar la dificultad y no destruirla; sería aún más inconcebible que muchos hombres de común acuerdo hubiesen forjado tal libro, que el pensar que un sólo hombre haya dado materia para formarlo. Nunca autores judíos hubieran encontrado aquel tono ni aquella moral, y el evangelio tiene caracteres tan evidentes y tan perfectamente inimitables, que el inventor sería más asombroso que el héroe.

II

Una doctrina que venía a renovar la faz del mundo cambiando la base de la moral debía levantar todas las borrascas del orgullo humano; y este orgullo en ninguna parte estaba tan arraigado como en el espíritu de los sacerdotes judíos y de los magnates del pueblo... Pero Jesús presentía ya las luchas que habrían de sostener y los lazos que se le armarían. Por eso se preparó para tan supremo combate, en el que debía perecer como hombre y triunfar como Dios.

La fama de sus milagros había traspasado ya a los confines de Judea. Iba creciendo el furor de sus enemigos, que no osando aún atacar su persona se ensañaban con el precursor Juan.

Preso por orden de Herodes debía ser Juan el primer mártir de los tiempos evangélicos. Fué decapitado en su misma cárcel, y su cabeza llevada en un plato sirvió para adorno de un festín que daba Herodes celebrando el cumpleaños de su nacimiento. Este asesinato daba ya a entender hasta qué punto debía llegar un día la rabia de los judíos. Aterrados los apóstoles rogaron a Jesús que se refugiase en el desierto por algún tiempo.

Sabía el Hombre Dios que ningún poder humano detendría su misión hasta la hora

en que los eternos decretos fijaban su cumplimiento; pero no quería exponer a sus primeros discípulos a una persecución prematura. Convenían además a sus sagrados designios que se mostrase a todas las familias de Israel. Empezó, pues, a viajar de pueblo en pueblo, sembrando donde quiera los beneficios con las instrucciones, y acrecentando a cada paso el rebaño de sus escogidos. A su voz poderosa se apaciguaban tormentas, las dolencias humanas desaparecían, los espíritus del mal huían a sus tenebrosos abismos, los cadáveres salían del sepulcro, y en el punto de la tierra que pisaban sus pies benditos se trocaban en apreciable calma todos los dolores del alma y del cuerpo. A él venían de Sidón, de Tiro, de la Idumea y la Arabia. Y las gentes corrían atropelladamente a su tránsito y besaban la orla de su túnica pidiéndole la salud y la vida, dones que sólo un Dios puede dispensar.

Más mientras que Él pasaba haciendo bien, sus enemigos se alentaban. No había podido atacar la hipocresía sin herir a los fariseos, ni reprobar la avaricia sin enemistarse con los doctores de la ley. Los que soportaban con pena el yugo de los romanos le echaban en cara que no predicase contra César. Además, los partidarios de Herodes le acusaban de aspirar al trono, y los saduceos no podían sobrellevar que les anunciase la vida futura. Todos estos hombres divididos en opiniones, en creencias e intereses políticos, daban tregua a sus rivalidades y antipatías para aunarse contra el que llamaban el Galileo. Cada palabra que le dirigían era un lazo, cada sonrisa ocultaba una perfidia. Los unos le trataban sin miramiento de impostor y de samaritano; los otros insinuaban con venenosa suavidad que era visionario: “¿No es aquel Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿Como, pues, se arteve a decir: yo he descendido del cielo?” Jesús les respondía con sus obras de caridad, y decía el pueblo: “Si este hombre no es el Cristo, quién podrá venir a obrar prodigios que exceden su poder?”

NOTITA IMPORTANTE: a los Agentes y Suscritores que tienen sus cuentas atrasadas les suplicamos enviarnos cuanto antes el dinero pues necesitamos estar al día para cumplir con nuestras cuentas de imprenta. Aprovechamos esta notita para agradecer a algunos agentes y suscritores el interés que se toman por conseguirnos nuevos suscritores.

Algunos suscritores que tienen especial cariño por nuestra Revista podrían interesarse en conseguirnos anuncios de sus familiares y amigos.

CLINICA DENTAL

DOCTOR PERCY FISCHER
Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos
en sus servicios profesionales

Rayos X

TELEFONO 3105

50 varas al Oeste de la Iglesia del
Carmen

Don José Ma. Rodríguez

En Alajuela ha sido profundamente sentido el fallecimiento del apreciable caballero don José María Rodríguez, persona muy querida por la bondad de su gran corazón. Su hogar era un santuario, donde la más profunda piedad reinaba en todos sus actos. La Santa Misa oída diariamente, y el Santo Rosario fueron el alimento espi-

ritual que lo sostuvieron en las luchas de la vida y lo prepararon para su muerte.

Enviamos nuestro más sentido pésame a su afligida esposa y apreciables hijos, que el Corazón de Jesús les dé resignación cristiana para sufrir tan profundo dolor.

Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de don José María.

Domingo 19 de Abril, Misa de San José

A las 6 de la mañana en Catedral se oficiará una Misa en honor de San José sufragada por algunos suscritores de Revista Costarricense y con la intención de pedirle al bondadoso patrono su protección para todas las familias que contribuyen al soste-

nimiento de esta misa los días 19 de cada mes en honor de San José y también pidiéndole su protección para las familias de todos los suscritores de Revista Costarricense.

Fábulas de Esopo

Convidó el pavo a comer a la grulla, y de sobremesa hablaron de las prendas y cualidades de que uno y otro estaban adornados. El pavo, extendiendo en forma de abanico su pintada y magnífica cola dijo:

—¿No ves qué espléndido plumaje tengo? Ni las piedras preciosas pueden igualarlo en brillantez y colorido.

—Confieso—respondió la grulla—eres un ave mucho más hermosa que yo: pero, si tus plumas son más vistosas que las mías, no te sirven para volar: y, en cambio, yo, con estas plumas grises y sin brillo puedo subir hasta las nubes y ver bajo mis ojos maravillas del mundo.

NOVELA

—No me lo digas...

—Perdona. Es que me exalto. No puedo aceptar este sistema de educación modernísimo. Parece que los padres no tengáis ya más que deberes y que todos los derechos sean de los hijos. Dentro de medio siglo habrá una generación de cretinos y no sabremos ya —es decir, no sabrán, porque tú y yo nos habremos muerto— ni siquiera el sentido de algunas palabras que ya hoy van perdiendo su valor: educación, respeto, deber, honor... Unamuno dijo que dentro de unos años habría en España una generación de cafres. Yo creo que habló como un libro.

—¡Si pudieran escarmentar los padres en cabeza ajena, yo les diría...!

—Nadie escarmenta en cabeza ajena. Bueno. ¿Y qué te pasa ahora con tu hijo? Porque tus temores han fallado a pesar de todo y se halla en camino de cosechar gloria y dinero. Puede decirse que es un consagrado.

—Yo reniego de toda esa gloria y de toda esa aureola de aplausos, de alabanzas y popularidad. No me convence. Le hubiera querido mejor siendo un trabajador modesto al frente de esa fábrica que lleva unidos los nombres de sus padres —no ciertamente célebres, pero de cepa honrada— aumentando la producción y perfeccionando el negocio como cumple a un buen economista. No le conocería nadie, pero acaso fuera más feliz. Podría casarse con una chica bien educada, cariñosa y buena, y tener un hogar amable, con niños muy monos. Así... ¿Te das cuenta de que he perdido a mi hijo? El se va hacia otro mundo que yo no conozco, donde no se me admite con mis rancios prejuicios de vieja beata y aquí se queda la madre sola, esperando a la vejez que llega... Es más. Tendré que deshacerme de la fábrica antes que resulte en manos extrañas un negocio ruinoso...

—¡Estás pesimista!—murmuró Pepita, impresionada.

—Ya lo ves. ¡Ese muchacho! ¡Ese muchacho!

—A lo mejor, exageras las cosas.

—No, ahora veo claro. Me lo ha cogido por su cuenta una lagarta.

—Mujer, eso es tan vulgar que no merece la pena de inquietarte—intentó tranquilizarla Pepita.

—No. Ni es vulgar la aventura, ni es vulgar la mujer.

—¡Bah! Eso durará el tiempo que tarde Julio en encontrar una muchacha bonita y buena que se case con él.

—No intentará nunca casarse. Está bien cogido. Esa mujer no es una peladusca cualquiera a la que se licencia con un cheque de cinco cifras cuando un hombre se decide a casarse. Te digo que es algo muy serio y muy peligroso.

—¿Lo sabes por él?

—No, por Galván. Me avisó. Está muy inquieto.

—¿La has visto?

—Sí. Y tú también.

—¿Yo?

—Claro, mujer. ¿No la ves repetida cien veces en todos los cuadros de la exposición?

—¡Una modelo! Creo que te preocupas más de la cuenta, chica.

—No es una modelo. Es "su modelo", ¿comprendes? La modelo de Julio Armengod. Posa para él, Dios sabe a qué precio indigno y vergonzoso. Es una mala mujer, una perversa, una viciosa... una de esas mujeres absorbentes que se chupan como un vampiro toda la juventud, la fortaleza y la virilidad de un hombre... y que acaban con su honor y su dignidad también.

—Tiene pinta de extranjera... —observó Pepita, aplanada.

—No te equivocas. Es rusa. Entre el cieno de esa aristocracia corrompida que la

revolución barrió de Rusia, llegó a París esa mujer. Mucho mayor que Julio. Debía ser casi una niña cuando salió de Rusia. Se trata de una mujer muy rica, que ha concebido por Julio una pasión absorbente. ¿Cómo se sacude eso de encima un muchacho de flaca voluntad como mi hijo? ¿Quieres decírmelo? Le inutilizará. Le hará pasar su juventud hundido en esa vergüenza... ¡qué asco, Señor!, y cuando lleguen para él la clarividencia y el desencanto —que llegarán indefectiblemente— se encontrará viejo, quizá sin salud, seguramente hastiado, y cansado, y desde luego completamente inútil para reconstruir su vida y formar un hogar.

—Verdad.

—A mí se me han pasado por la cabeza los planes más descabellados.

—¡Pobre Carmen!

—He pensado hasta el disparate de ir a hablar con esa mujer.

—Esa clase de mujeres no escuchan a nadie. Se reiría de ti —advirtió vivamente Pepita Armengod.— ¿Y a tu hijo? ¿Por qué no le hablas a tu hijo?

Tardó un momento, Carmen, en contestar. Un automóvil atrató a la acera y se abrió la portezuela. Del interior salieron unas risas alegres, jaraneras y, de pronto, una muchacha rubia, elegantísima, muy guapa, puso el pie en el estribo. Tras ella asomaba curioseando una morenucha de talante travieso. Carmen suspiró; cualquiera de estas chiquitas modosas y bien educadas, que iban todas las tardes a rezarle una salve a la Virgen, hubiera podido ser novia de Julio si aquella mala mujer no se atravesara en su camino... Desalentada, respondió:

—¿A mi hijo? Tampoco conseguiría nada. He perdido toda mi influencia.

¡Qué triste!, pensó Pepita. ¡Y pensar que esta mujer, que se quedó viuda a los veinte años como quien dice, habría podido rectificar su vida y volverse a casar, y ser feliz con un buen chico que la querría mucho, y se lo sacrificó todo a este egoísta de Julio que ahora no se preocupaba de

pensar siquiera lo que iba a ser la vejez de su madre, sin una nuera amable y cariñosa, ni unos nietos, ni una caricia, ni un consuelo...

Después de cruzar algunas frases y reír a propósito de cualquier tontería, las dos muchachas pasaron rozando a Pepita y a Carmen. La rubia era muy guapa. Pepita Armengod tuvo una idea súbita.

—Oye. ¿Y no se te ha ocurrido nunca buscarle a tu hijo una novia y casarlo?

—¡Mujer... qué cosas tienes! —se desconcertó Carmen.— ¡A ver si te crees tú que es posible casar a las personas en dos puñados! Eso del casamiento es algo tan personal... Y cualquiera le propone semejante cosa a un hombre que está... como está Julio.

—Pues a éstos, a éstos precisamente, es a quienes hay que buscarles una novia muy guapa, y muy lista, y muy zalamera, para que se enamoren y se dejen el arreglito.

—Pero Pepita...

—Pero Carmen... ¿es que tú crees que tu hijo quiere a esa socia? Son... cosas de hombres. En el fondo, Julio es un buen muchacho, un infeliz al que ha atezado entre sus uñas esa mujer. Dale una oportunidad de sacudírsela de encima y verás si no lo hace.

—No lo permitirá "ella".

—Dale también una influencia en contra: la que a ti te falta, por ejemplo. La influencia de una novia muy enamorada. Que luche por él, que le defienda de aquella, que le guarde para ella sola.

—¡Cómo fantaseas! a buena hora carga ninguna chica decente con un hombre que lleva esa tara...

—No seas infeliz, muchacha. Atudirían como las moscas. Estos que tienen fama de calaveras y malas personas las atraen más. Tú no has visto cosas más inquietantes y más sugestivas que una mala reputación.

—Vaya gusto...

—Para matarlas; pero es así. Yo tengo en clase cincuenta y tantas chicas. Y hay que oír las cuando ellas se creen que nadie las oye. No creo que se sientan inclinadas

al mal: prefiero creer que van hacia esos hombres un poco extraviados con el noble anhelo de reformarlos. En el fondo del carácter femenino existe una enorme dosis de abnegación. Y luego, es un incentivo ese empeño de conquista. Eso de decir: "Este individuo es un pinta. ¡Qué bonito sería que por mí se convirtiera en una persona decente!" Lo de menos sería encontrar una novia para Julio... ¡con la gana de novio que hay por ese mundo!

—Sí, ya. Lo más duro de pelar sería que, una vez encontrada, Julio se decidiera a declararse. Tanto piensa él en tener novia como yo en cantar mica. No te canses. Este es un negocio que no tiene arreglo...

—Eres muy tozuda. ¿Me dejas a mí probar suerte? ¿Me dejas intentar...?

Pepita Armengod era una mujer de lucha. El solo pensamiento de jugarle una mala pasada a la rusa, encantábala.

—Pero, ¿tú serías capaz...?—dudó, vacilando ya, Carmen Romero.

—¿De hablarle a tu hijo? Ya lo creo. Y hasta me parece que ya tengo el plan.

—¿Cuál?

Permíteme que me lo reserve. Aún he de madurarlo. Pero para que no padezcas puedo adelantarte una cosa: que tú y yo, y tu hijo, vayamos a veranear a Villarcózar.

—¿Cómo?—pasmóse Carmen. (Si conociera a Julio su tía Pepita!)

—Lo que te digo, chica.

—Absurdo. Completamente absurdo. Nunca ha podido tragar el pueblo. Jamás he podido conseguir de él que fuese ni tan sólo a girar una visita a la fábrica. Siempre le ha parecido demasiado prosaico, a él, ya ves, un artista. ¡Ay, qué niño, Pepita, qué niño! ¿Y quieres que ahora, que ha subido de punto con el exitazo este de su exposición se conforme a vegetar en el pueblo?

—Hasta ahora, tu hijo ha sido un perfecto egoísta. No ha tenido en cuenta más que sus gustos. Primero yo, luego yo, y siempre yo; pero la culpa no se la doy yo a él, sino a ti, que te has colocado en un segundo plano, sin que ni por casualidad se

te haya ocurrido nunca hacer predominar tus gustos, tus inclinaciones o tus conveniencias. Siempre forrada de esa abnegación ridícula...

—¿Ridícula?

—Sí, hija, sí: ridícula. Y perniciosa. Ridícula, porque el papelito de sierva del señor no es nada airoso para una madre, acreedora siempre a las máximas atenciones y a la máxima galantería y al máximo cariño de un hijo. Y perniciosa, porque esa docilidad tuya, tan humillante, además de quebrantar tu ascendiente moral, como antes confesabas tú misma, no ha hecho más que malcriar y pervertir al muchacho. Y ahora es cuando yo voy a ver si realmente mi sobrino Julio Armengod es ese ser egoísta que no tiene en cuenta sino sus conveniencias. Y yo te aseguro que como llegue a tener siquiera un adarme de corazón dentro del pecho, yo me las arreglaré de manera que veraneemos en Villarcózar.

—Bueno —encongióse de hombros la viuda.— Tú sabrás el lío que vas a armar para conseguirlo. De ti, la mujer de los grandes recursos, lo espero todo.

—Ya hablaré contigo en cuanto lo haya hecho con él. Ahora, entremos antes que reserven.

—¿Está el Santísimo expuesto?

—Claro. Es la Hora Santa.

—Tienes razón, que es jueves.

Entraron, entre las dos filas de mendigos que dejaban oír sus acostumbradas lamentaciones; y tras de poner en sus manos algunas monedas y tomar agua bendita, se arrodillaron conforme pudieron entre la multitud que llenaba la Capilla.

Del altar venía una luminaria resplandeciente que cegaba, y toda la iglesia estaba henchida de un denso perfume de azucenas y claveles.

—o—

Pablo Trías, al sentir la trepidación del motor de su coche, se asomó tras la persiana con la cabeza lamida de puro peinada y las manos finas, bregando con el nudo de su corbata.

José había cumplido bien sus órdenes.

El cochecito color marfil relucía de puro limpio, los niquelaños deslumbraban, el parabrisas era una lámina ígnea donde el sol se quebraba en mil facetas. Dentro, los almohadones mullidos, sin una sola arruga, y, detrás, en el asiento, **Pericles**, sentado sobre los cuartos traseros con un lazo verde alfalfa muy grande en el collar; peinado, perfumado y más espavilado que nunca. Porque **Pericles** —que era una mezcla indefinible de dos o tres razas de moda— resultaba ser un perro dormijoso y poltrón, amigo de la comodidad y de la buena vida y por regla general, en cuanto tocaba el asiento del coche solía enroscarse como un caracol dispuesto a soñar con todas las perritas lindas del contorno, mientras su amo, el doctor Trías, corría endemoniadamente por las carreteras con grave peligro de romperse la crisma.

El criado hizo sonar el claxon repetidas veces, llamándole, y Trías terminó su adrezo en dos puñados, saliendo de su cuarto al tiempo que se ajustaba la americana de un bonito terno color café con leche **dernier cri** de la moda veraniega.

Como médico director del establecimiento termal de San Hipólito, vivía en un lindo pabellón con su madre; pabellón situado en la más pintoresca esquina del edificio con unas vistas muy hermosas y un sol y una ventilación a que quieres boca. Eso sin contar con el aspecto decorativo exterior que ofrecían las paredes blancas como el ampo de la nieve, tapizadas de una curiosa colección de rosales trepadores, donde podrían encontrarse todos los tonos de dos o tres escalas de colores.

Todo el mundo quería al doctor Trías. Era como un niño grande, expansivo y alegre que parecía desconocer la vida e ir al encuentro de todos sus peligros con esa confianza temeraria muy propia de la infancia.

Su madre, doña Rosalía, leía tranquilamente en el vestíbulo, junto a la cortina que templaba la luz demasiado cruda del sol, cuando le sintió llegar. Se cuadró de

lante de ella, con una petulancia simpática de chico muy joven.

—¿Qué te parezco?—preguntó, contoneándose con garbo.

Este movimiento, delineó los plásticos contornos de su bien perfilada figura, plasmando un tierna sonrisa de orgullo en la boca todavía bella de la madre.

—Estupendo—asintió casi admirada.

—¡Na! ¡Pa qué! ¡Y que no hay aquí un tío con circunstancias! ¡Por algo están las chavalas como están por tu hijo!

—No tienes abuela.

—Pues eso. ¿Me está bien el traje?

—A mí, bien me parece. Y el color te va.

—Resumiendo: que estoy como para una conquista. Se inclinaba ya a besar, cariñoso, a su madre en despedida, cuando quizá sobresaltada por la postrera broma, doña Rosalía se puso seria y detúvole agarrando su solapa.

—Oye, Pablo.

—Mamá.

—Ya sabes que hasta ahora no he tenido por costumbre meterme en tus asuntos..

—¡Qué exordio tan inquietante, mamá! Sí: ya sé que siempre fuiste una madre ideal, discreta, prudentísima...

—Pero de poco tiempo a esta parte me están preocupando algunas cosas.

—¿Por ejemplo...?

Pablo Trías se había puesto serio. Comprendió que su madre lo estaba también.

—Tu amistad con Rosario Ferrer.

—¡Pero mamá! Rosario Ferrer, ¿en qué puede inquietarte? Es una solterona completamente inofensiva.

—Eso crees tú; pero esos Ferrer —yo soy del pueblo y conozco el paño— han sido siempre una gente de mucho cuidado. De esas familias de quienes todo el mundo se guarda por miedo a su lengua. Chismosos de abolengo. Capaces de armarle un lío al mismo Padre Eterno en la punta de un alfiler.

—Pero sabiéndoles el flaco... conociéndoles...

(Continuará)

Fray Rodrigo

Nuestro convento de San Lázaro de Zaragoza fué siempre ilustre por los santos varones y por los sabios que lo habitaron, y, antes del siglo XVII, fué también célebre por un prodigio que, según cuentan viejos cronicones, ocurría cada vez que moría cualquiera de sus religiosos habitadores. Había en el claustro principal una puerta que llamaban de San Martín, por estar en la capilla de este nombre. De vez en cuando, resonaban en esta puerta tres grandes golpes. A los pocos días moría indefectiblemente un religioso. Con esto, cada vez que los temibles golpes sonaban, los religiosos, ya de suyo fervorosos, pues siempre tuvo este convento fama de observancia, entregábanse con más ahinco a la santa vida. Diz que fué este un favor especial que la Virgen alcanzó para este convento, a ruego de nuestro Padre San Pedro Nolasco.

Una noche de verano estaban, de codos a una ventana que daba al Ebro, Fray Rodrigo de Ampuero y el Rdo. P. Presentado Fray Diego Solórzano. Holgábanse en animada plática cuando la campana de Comunidad tocó a silencio.

El P. Presentado se enderezó de la ventana.

—¿Se va su Reverencia a la celda?— preguntó Fray Rodrigo.

—Ha sonado la hora de silencio.

—Pero... por una vez y un ratillo tan sólo...

—El P. Presentado, aunque a todos los religiosos quería, tenía especial afición a Fray Rodrigo, porque, más joven que él, hacíale algunas confidencias y pedíale consejos. Además, le había sido profesor de Sagrada Teología.

El P. Solórzano vaciló.

—Espere un poquito, Padre—dijo Fray Rodrigo—. Búlleme en la lengua algo que decirle.

El P. Solórzano volvió a inclinarse reposadamente sobre el alféizar.

Negrísima estaba la noche. Los dos religiosos hundieron su mirada en las tinieblas. Allá bajo se adivinaban la corriente del río por el fragor de las aguas, pues a los ojos se parecía algo tenebroso moviéndose incesantemente. Más allá del Ebro, oscuridad, y encima de sus cabezas, negra cerrazón, suspendida de los cielos.

—¡Qué noche!—dijo el P. Presentado.

—No sé si será porque esta noche influye en mi estado de ánimo, que parece vea acercárseme la muerte entre las tinieblas.

—Mientras no avise la puerta de San Martín... Y aunque la muerte viniera ¿qué hermano mío?

—Nuestra Madre no querrá que ninguno de sus religiosos se condene, ¿verdad, P. Solórzano?

—Tal confianza tengo, pero conviene estar preparados.

Los religiosos callaron un momento. Un

SOLO

Jabón SAN LUIS

con su espuma menuda y PERSISTENTE, le dará a Ud.

BUEN RENDIMIENTO

EN EL LAVADO
DE SU ROPA

INDUSTRIAL SOAP Co.
Agustín Castro & Cía.

relámpago iluminó las entrañas de la cerrazón. El trueno retumbó poderoso dominando el fragor de las aguas.

—Quisiera — siguió Fray Rodrigo— estar mejor preparado para morir. Parece estar en gracia, pero, absorbido en mis libros, he olvidado tiempos mejores de fervor. Abismado en las lucubraciones teológicas de nuestro Zumel, paso el tiempo. Ser lector, Doctor y luego Maestro de Teología; he aquí mis ambiciones. ¿Serán malas?

—Nó, no serán si no fueran desmedidas. ¿Por qué no imitar a nuestro P. Comendador tan sabio, pero sobre todo tan santo?

—¡Ah, muy santo! Ya me exhorta el pobre cuando con él me confieso, ya veo sus santos ejemplos, pero esta tibieza... y esta ambición que no me deja punto de sosiego. Si a lo menos hubiera llegado a la sabiduría de su Reverencia.

—¿A la mía? ¡Fray Rodrigo, con qué poco se contenía! Envidiara a lo menos a nuestro hermano el famoso maestro Fray Prudencio, actualmente de la Universidad de Alcalá, o a los PP. Boneta, Guevara o el Reverendísimo Salazar, hijos de este convento; pero a mí... ¡Triste ambición!

—Y su Reverencia ¿no desea nada con ahinco?

—Mis deseos andan por otro camino. Yo quisiera ser como Fray Ferrario, aquel lego siervo de Dios que murió en olor de santidad en este convento, habiéndose santificado cuidando las hortalizas y preparando la viandas para los enfermos. Su simplicidad me cautiva, su humildad me roba el corazón. Yo, en cambio... ¡pobre de mí! no me ha ayudado mi ángel a desenredar dificultades teológicas, como a él le ayudó el suyo a regar las lechugas del huerto, mientras a una obra de caridad se entregaba el bendito lego.

Tres golpes formidables que resonaron en la puerta de S. Martín sobresaltaron a los dos religiosos y les cortaron la plática.

Irguióse espeluznado Fray Rodrigo y, sin añadir palabra, se metió por el claustro, mientras el P. Solórzano requería su celda.

Fray Rodrigo se dirigió al coro. Esta-

ba la puerta entornada. Entró. La lámpara del Santísimo, con lucecita moribunda, pugnaba por romper la obscuridad y sólo conseguía iluminar a medias un pequeño espacio alrededor; al coro no llegaba ni un destello. Palpando la sillería, se dirigió Fray Rodrigo al medio del coro donde estaba sentada una estatua de Nuestra Santísima Madre. Fué a arrodillarse tembloroso a sus plantas, y al extender sus manos buscando los pies de la imagen, topó con una cabeza encapuchada.

—¡Ah!—clamó asustado.

—¡Fray Rodrigo! ¡hijo mío!—balbuceó una voz cascada de viejo.

—¡Padre Comendador!—contestó Fray Rodrigo.—¡Ay, padre! Ha retumbado tres veces el aldabón de la puerta de S. Martín... Ando algo disipado, como vuestra Paternidad sabe... Tengo presentimientos. Venía a buscar a Nuestra Madre. Me encuentro con vuestra Paternidad. Quiero empezar a santificarme... Confiésemme, Padre mío.

El P. Comendador se levantó; Fray Rodrigo se arrodilló a sus pies.

En medio de la quietud de la Iglesia, se oía el cuchicheo de la confesión.

En la madrugada del siguiente día el despertador iba despertando a los religiosos, llamando a la puerta de cada celda mientras decía con voz recia:

—Benedicamus Domino.

—Deo Gratias — contestaban desde adentro.

Al llegar a la puerta de Fray Rodrigo, el despertador oyó una voz enferma que decía:

—Entre, hermano.

Fray Rodrigo se moría. El despertador corrió a tocar la campana de Comunidad. Los frailes acudieron presurosos a la celda del enfermo. El P. Comendador le ayudaba a bien morir sugiriéndole tiernos afectos.

—Perdón, hermanos míos—dijo el moribundo dirigiéndose a los religiosos.—Dios me manda esta enfermedad repentina en castigo de mi poco fervor. Ha llegado mi hora; los golpes de anoche fueron el piadoso

aviso del cielo. Encomendadme a nuestra Madre. Buscad primero la santificación: lo demás... todo muere.

Empezó el enfermo tranquila agonía.

Por indicación del P. Comendador la Comunidad entonó el Credo; pocos podían seguir el canto. Turbábanles la voz los sollozos.

Fray Rodrigo murió en la paz de Cristo. Le enterraron entre sus hermanos, en el cementerio del convento.

Cuando, pocos días después, se asomó

el P. Solórzano a la ventana donde había tenido la última conversación con fray Rodrigo, se le cayeron dos lágrimas y levantó los ojos al cielo. Flotaba un sol de fuego en medio de la azulada bóveda; ni una nubecilla se veía; las golondrinas hendían el espacio inmenso.

—¡Descansa en paz, hermano mío!— murmuró el P. Presentado.

Fr. Manuel Sancho.

Mercedario.

Pequeñeces grandes

Por Fr. Aurelio Lacruz A. R.

Había aprendido un niño de siete años a hacer la señal de la Cruz con toda perfección durante las explicaciones del Catecismo que el Párroco del pueblo daba a los pequeños para la primera Comunión. El celoso Párroco les había explicado el significado de la Santa Cruz, encareciéndoles que siempre la hiciesen bien, pausada y devotamente, llevando la mano de la frente al pecho y del hombro izquierdo al derecho, pronunciando al mismo tiempo con todo respeto el adorable NOMBRE de las tres Divinas PERSONAS de la Santísima TRINIDAD.

Al volver a casa nuestro niño y sentarse para comer, notó que su padre, al bendecir la mesa, formaba un garabato en vez de la señal de la Cruz. — Papá, advirtió el pequeño con ingenuidad y candor; la has hecho mal; el señor Párroco nos ha dicho que no se hace así. — Pues, cómo se hace? replicó el papá un tantico serio. — Mira, papá; así. — Y el inocente niño, con actitud formalista y bajos los ojos, se santiguó conforme el Párroco le había enseñado, pronunciando las palabras con manifiesta devoción. Los padres se miraron con mirada significativa y nada dijeron; pero al dar las gracias después de comer, hicieron la señal de la Cruz como su hijo acababa de hacerla, y así continuaron haciéndola en adelante.

¿Cómo la hacemos nosotros? Causa verdadera pena el poco cuidado y atención que se pone en esta devota práctica. En vez de Signo Sacrosanto de nuestra Redención, formamos, las más de las veces, una figura cualquiera que de todo tiene menos de señal de la Cruz. La facilidad y frecuencia con que la hacemos llevan el peligro de que no la estimemos en su verdadera grandeza ni la apreciemos en su justo valor. De lo cual resulta que nos dejamos vencer por la rutina y llegamos a considerar esa bendita señal como la pequeñez más grande de todas, al menos en la práctica, pues no otra cosa demuestra nuestro poco cuidado y falta de atención en hacer la señal de la Cruz como debemos hacerla. Y digo debemos, porque en esta y en las demás prácticas piadosas y devociones voluntarias, hemos de tener presente este principio: **por ser precisamente voluntarias esas devociones, no hay estricta obligación de hacerlas; pero si las hacemos, tenemos siempre la obligación de hacerlas bien, o al menos, de poner los medios para ello.**

En la devoción de que hablamos, somos olvidados con lamentable frecuencia que, al formar la señal de la Cruz, hacemos profesión de Fe en el profundo y adorable Misterio de la Beatísima Trinidad, y recordamos y confesamos al mismo tiempo el

consolador y tierno Misterio de la Redención que Jesucristo, Señor nuestro consumió en la Cruz. Son dos motivos poderosísimos para avivar nuestra fe y excitar nuestra devoción, y para movernos a hacer la señal de la Cruz con profundo respeto y viva gratitud.

Sírvanos de ejemplo y de estímulo la doctrina y la práctica de la Iglesia. Es tanta y tan significativa la importancia que concede a la señal de la Cruz, que no hay función ni acto alguno en su Liturgia que no vayan sellados con ese bendito signo frecuentemente repetido. Todo católico sabe que el acto más augusto y adorable de nuestra Religión es la Santa Misa, pues a ese sacrosanto Sacrificio se ordenan y a él convergen todos los demás actos de nuestro culto. Pues bien; en toda Misa que se celebra hace el Sacerdote por lo menos cincuenta veces la señal de la Cruz, porque así lo manda la Iglesia. Con ese signo sagrado comienza el augusto Sacrificio santiguándose el Sacerdote al pie del altar, y con esa misma señal lo termina bendiciendo al pueblo en el nombre de la adorabilísima Trinidad.

En la administración de los Sacramentos, en las consagraciones y bendiciones, en el rezo del Oficio Divino, en todas las funciones litúrgicas, repite la Iglesia ese bendito signo con tan insistente frecuencia, que a todos nos debe hacer reflexionar y servirnos

de provechosa lección para así apreciar en todo su valor y grandeza esa señal sacrosanta. Con ella nos señala la Iglesia en el Bautismo, al engendrarnos a la vida de la Gracia, haciéndonos hijos suyos y miembros de Jesucristo; y con esa misma señal despide a sus fieles en el viaje a la eternidad, al recitar el último Requiem aeternam. Y como si tantas y tan repetidas pruebas no le bastasen para inculcarnos la devoción al signo de la Cruz, tiene instituidas dos Fiestas en honor del signo de nuestra Redención, además de la conmovedora ceremonia de la adoración de la Santa Cruz el día de viernes santo. Por último nos recuerda y enseña que en el tremendo día del juicio universal, aparecerá nuestro Señor Jesucristo con la Cruz para juzgar al mundo.

Si tanta importancia concede la Iglesia a la señal de la Cruz, también nosotros debemos concedérsela. Su doctrina y su ejemplo nos han de servir de norma y guía en esta devoción y en todas las demás devociones y prácticas piadosas. Sabe muy bien cuánto agrada a nuestro Señor Jesucristo este devoto signo y cuántos frutos espirituales podemos conseguir practicándolo, y por eso mismo nos aconseja su uso frecuente, atento y devoto, de todo lo cual nos da ella misma tan admirables ejemplos mostrándose tiernamente agradecida a Jesucristo Crucificado que nos redimió con su Sangre preciosa.

Continuará).

El sabor de la sangre

—¡Aquí, Velleda!... ¡Aquí inmediatamente!...

A la voz del amo solo contestó un rugido.

—¡Aquí en el acto!

A los pocos instantes adelantó el paso una hermosa tigre, que al dar un prolongado bostezo, mostraba sus afilados dientes.

—¡Tengo miedo!—exclamó retrocediendo precipitadamente una mujer, joven y bella, a quien su huésped quería presentar la fiera.

—No se asuste usted. Si es un cordeiro. Y mientras nuestro hombre hablaba no dejaba de acariciar a la bestia.

—¿Y no teme usted que le muerda?—preguntó la joven.

—¡Morderme! No, señora...

—Sin embargo, el tigre es un animal muy terrible.

—Sí, en estado salvaje o cuando se le alimenta con carne. Pero cuando, como ocurre con Velleda, se la coge al nacer y se la alimenta exclusivamente con leche, se con-

vierte la fiera en un amigo dócil y fidelísimo.

—No obstante, tengo miedo y me retiro. No quiero ser devorada en la flor de mi juventud. ¡Adiós! ¡Adiós!

Apenas estuvo fuera la joven, exclamó su amigo sonriendo:

—¡Pobre Velleda! ¡Cómo te calumnian! ¡Pobre Velleda!

Durante largo rato jugó con la fiera, y cansado al fin, se sentó a su mesa con las piernas separadas y el brazo izquierdo pendiente.

El animal estaba echado junto a su dueño, el cual acariciaba a Velleda con las yemas de sus dedos.

Con la mano que quedó libre prosiguió el joven la carta que había comenzado a escribir a su madre, y se engolfó en su agradable tarea.

Una penosa melancolía se iba apoderando de su ánimo al evocar aquellas lejanas ternuras. Véase abandonado en remotas tierras, y al notar que Velleda le lamía la mano cariñosamente, pensó que en aquellas regiones donde residía no había encontrado más amistad que la de una tigra.

De pronto, un escozor en los dedos le despertó de su ensueño.

Las caricias de Velleda empezaban a hacerle daño.

Quiso retirar el brazo, pero las patas del animal se lo impidieron.

Nuestro hombre se volvió precipitadamente poseído de grandísima alarma.

Con los ojos encendidos, el pelo erizado y las garras salientes, la fiera no abandonaba la mano de su amo, manchada ya por unas cuantas gotas de sangre.

El infeliz viajero tuvo la intuición inmediata de que estaba completamente perdido.

La tigra había probado la sangre y su acre sabor despertaba todos los instintos. Por lo tanto disputaría la presa que deseaba con toda la fuerza de su imperiosa naturaleza.

El joven, pálido de espanto y con las sienes inundadas de sudor, comprendía que al menor movimiento practicado para retirar

el brazo, la bestia, ávida de sangre, se precipitaría sobre él.

El desdichado no se atrevía a levantar la voz, apelando a su antigua autoridad y se limitó a decir cariñosamente: "Suéltame, Velleda!... ¡Suéltame!..."

PERO el animal, sin hacer caso, respondía a su amo con terribles rugidos y nuevos y más profundos arañazos.

El joven comprendió que todo había concluido y que pronto sería devorado; por la fiera.

Todo esfuerzo por defenderse hubiera sido inútil, y si hubiese gritado nadie habría oído sus voces.

—¡Velleda, por piedad, suéltame!...

De pronto se iluminó el rostro de la víctima. Nuestro hombre acababa de entrever la posibilidad de su salvación. En uno de los cajones de la mesa tenía un revólver. Todo era cuestión de tiempo.

Con gran cautela, a fin de que la bestia no creyese que trataba de oponer resistencia, alargó el brazo libre e introdujo la mano en el cajón, que registró con muchas precauciones, con objeto de hacer el menor ruido posible.

De repente latió con extraordinaria fuerza su corazón. Sus dedos acababan de encontrar el arma.

Dueño absoluto de sí mismo y convencido de que la lucha se igualaba y que de ella podía salir vencedor, apuntó a la sien del animal y disparó.

Velleda lanzó un rugido tan terrible, que vibró en toda la casa, y como una masa cayó muerta sobre la estera del amarillento junco, que manchó con su negra sangre.

PENSAMIENTOS

La ambición mueve con frecuencia a los hombres a desempeñar los más bajos menesteres; no en balde la acción de trepar requiere igual postura que la acción de raptar.—*Jonathan Swift.*

Las naciones mejor alimentadas no sólo producen los mejores soldados, sino las más altas genialidades.

Recetas de Cocina

Pudin de arroz con caramelo.— Se lava bien $\frac{1}{2}$ libra de arroz y se deja en agua 2 horas, se escurre el agua y se pone a cocinar en pura leche y a fuego lento, cuando está suave se le pone azúcar al gusto, la punta de un cuchillo de sal y una cucharada de mantequilla y se deja cocinar un rato más; debe quedar bien cocinado y suave; se retira del fuego y se le agregan una a una 3 yemas de huevo y una cucharadita de vainilla mezclando todo muy bien y muy ligero para que no se cocinen las yemas; se pone a hervir $\frac{1}{2}$ libra de azúcar en un vaso de agua, se mueve un poquito para que no se asiente el azúcar, cuando al alzar la cuchara la miel hace hilos se deja un poco más en el fuego hasta que tenga color de caramelo, entonces se echa en un molde de tubo en el centro y se le da vueltas al molde para que se unte bien del caramelo, se echa en el molde la tercera parte del arroz y se adorna con unas ciruelas que se han dejado la víspera en agua y al día siguiente se han cocinado en agua con azúcar, se pone otra tercera capa de arroz y se vuelve a poner otra capa de ciruelas y por último se pone la tercera capa de arroz y se pone a cocinar en bañomaria y en el horno caliente durante unos tres cuartos de hora, se saca del horno y se deja enfriar bien y se vacía en un platón de cristal, se adorna con frutas cristalizadas y se sirve con una crema de leche.

Sandwiches a la crema.— Se unta un molde de mantequilla y se espolvorea de harina. En una fuente honda se ponen 9 huevos, se les echa la punta de un cuchillo de sal y se le agrega una cucharada $\frac{1}{2}$ de azúcar y se baten hasta que esté espumoso y se continúa batiendo a fuego muy lento hasta que al levantar el batidor caiga en pelotas, se retira del fuego y se continúa batiendo hasta que esté bien frío, entonces se le agrega poco a poco y mezclando muy despacio 200 gramos de harina, esta pasta se echa en el molde y se mete al horno caliente con calor regular hasta que es-

té asado, se saca del molde y se deja en un ratito, se saca del molde y se deja enfriar muy bien; se untan de manteca unos chiles dulces y se meten al horno y cuando dan el pellejo se apean y se cortan en tiritas muy delgaditas y luego en cuadritos; se lava un cuarto de libra de mantequilla y se le pone un poquito de mostaza y se divide en dos partes, a una parte se le ponen aceitunas picadas finamente y a la otra se le ponen los chiles preparados; con mucho cuidado se parte en tres partes el queque; también se puede cocinar este queque en moldes de capas, esto para mayor facilidad. Una parte de este queque se rellena con la mantequilla con aceitunas y se cubre con la otra parte y sobre ésta se pone la mantequilla con chiles y se tapa con la última parte del queque; se deja reposar una hora; luego se cortan los sandwiches y se colocan sobre una servilleta y en un platón y se sirven.

PARA LOS VIEJOS

Una ley biológica

Hay un refrán castellano, que es toda una ley biológica: *De padre cojo, hijo renco*.

Es decir, que el hijo se asemeja siempre al padre, lo mismo en lo físico que en lo moral. Y esto, no sólo en la substancia, sino también en los accidentes corporales y espirituales: el color, la figura, el lunar, la condición, el ingenio; y cuando sale muy parecido que es hijo de padre.

Bonald expresa la misma verdad cuando dice: "Los hijos suelen ser como los padres, corrompidos o virtuosos, según sean los autores de sus días".

Y otro autor: "Cuando ha nevado sobre el padre, el alud se desprende sobre los hijos".

Ya los antiguos sabían esto. Célebre es el dicho de Diógenes a un muchacho que le injuriaba. Eres un imbécil como engendrado por un padre borracho.

Dolor de cabeza que proviene de una infección de un sinus

He hablado antes de las causas del dolor en diferentes partes de la cabeza: en y sobre los ojos, señal de que se está forzando la vista; en el sinus frontal, que se debe a la sinusitis; y a más altura en la frente y detrás de la cabeza que proviene de indigestión y presión de gases. Esas son las causas principales del dolor de cabeza.

El dolor de cabeza es uno de los síntomas principales de la inflamación de los sinus frontales situados por encima de los ojos, pero el paciente no siempre lo sospecha y algunas veces ni el doctor.

Hablando del dolor de cabeza que se debe al sinus frontal, dolor que proviene de la sinusitis, el doctor Francis White, de Nueva York, dijo en el "New York State Journal" lo siguiente:

"Puede suceder que la sinusitis no venga acompañada de dolor de cabeza o que éste sea tan agudo que el paciente amenace con tomar medidas drásticas si no se lo alivian. En un caso corriente, primero se comienza a sentir malestar cuando la cabeza se baja, como en el acto de agachar el cuerpo, que produce la sensación de que alguna cosa pesada y dolorosa quisiera salir de ella, o la de llenura tal que parece que vaya a estallar cuando el paciente tose o hace otro esfuerzo".

Una característica del dolor de cabeza

que proviene de la sinusitis y que hace posible que el doctor distinga la sinusitis frontal del dolor de cabeza de otra naturaleza es que el paciente le dirá que le comienza a dar a una hora fija, que gradualmente empeora y entonces gradualmente se alivia hasta que desaparece muchas horas más tarde a más o menos la misma hora todos los días. Mientras le duele la cabeza, el paciente siente muy adolorida la frente en el punto situado por encima del sinus frontal (exactamente por encima de los ojos), se queja de fotofobia (temor a la luz y sus ojos están ensangrentados).

Cuando los sinus en la quijada superior, situados de cada lado de la nariz, están infectados, el dolor se siente en la mejilla o en los dientes de la quijada superior. Una radioscopia mostrará algún diente o sinus (antro) infectado que produce el dolor.

Dolor causado por infecciones agudas en otros sinus atrás de la nariz y en línea con los ojos, repercute en la parte posterior de los ojos, cabeza u orejas.

La información arriba dada, describiendo la naturaleza de los dolores causados por la sinusitis y los puntos en donde se sienten, servirá de guía a las personas que desean saber cual dolor de cabeza proviene de la infección de los sinus.

PROFESION DE FE

De Rosa García Costa.

Consagración de amor ofrenda plena;
dulzura de ser tuya y de ser buena;
santa fe de quererte hasta la muerte.
Seguridad de que eres en mi suerte
el principio y el fin, la luz, el Todo:
(¡ya nunca podré verte de otro modo!)
Amor de amarte con total ceguera;
cierro los ojos y ya vivo en Tí.
Hondo anhelo sin fin de quien espera
la eternidad, para adorarte allí!

(De "El Trabajo", Bogotá).

MATRIMONIO

Si deseas casarte bien, cástate con tu igual.—*Ovidio.*

No la belleza de la mujer sino sus virtudes son lo que cautiva el corazón del esposo.—*Eurípides.*

Quien quiera hacer que sus negocios prosperen, que consulte a su mujer.—

Franklin.

La mujer casada es un esclavo, al cual es preciso saber colocar sobre un trono.—

Balzac.